

Memorialistas & Viajeros

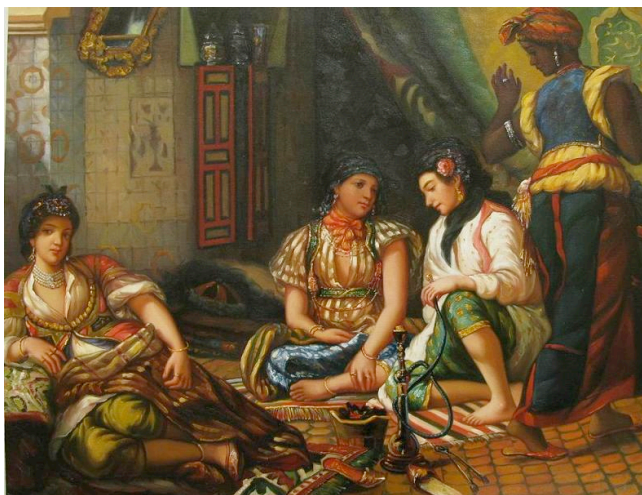
Guy de Maupassant: “Bajo el sol”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Siendo un joven escritor reconocido (había publicado *Bola de sebo* con éxito), Maupassant se embarca a sus 31 años desde Marsella proa al norte de África, más precisamente a Argelia. Colonia conflictiva. Su tarea es periodística: seguir las huellas de un jeque llamado Bu-Amema que está poniendo en entredicho el dominio francés en esta zona al norte del desierto del Sahara. Entre julio y septiembre de 1881, el narrador despacha a un periódico sus impresiones sobre el territorio que recorre, y que visita por primera vez. En 1884 agrupa esos textos en un volumen que titula *Bajo el sol*. Los textos participan, para alegría del lector, de la misma fascinación que sus celeberrimos relatos.

Domina un deseo de emprender viaje que Guy de Maupassant señala desde el inicio: “Hay que partir, entrar en una vida nueva y distinta. Los viajes son algo así como la puerta por donde se sale de la realidad conocida, para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño”. Bien dicho, aún cuando eran otros tiempos, antes que el viaje fuera sinónimo de negocio turístico. Manifiesta que uno de sus sueños recurrentes era visitar África, “por la nostalgia del desierto desconocido, como por el presentimiento de una pasión que va a nacer”.

Argel, a la que califica como una de las ciudades más bellas del mundo, lo hechiza y espanta a la vez: “Por todas partes pulula una multitud cuyo aspecto asombra. Centenares de miserables, cubiertos simplemente con una camisa o con dos alfombrillas cosidas en forma de casulla o con un saco viejo agujereado para pasar cabeza y brazos, descalzos, van, vienen, se injurian, se pelean, piojosos, astrosos, manchados de cieno, mal olientes como bestias”. Nada de esto lo hace bendecir al colonialismo francés: “Se advierte que el progreso se ha aplicado de un modo torpe... Nosotros somos los que parecemos bárbaros entre estos bárbaros, muy brutos en verdad, pero que están en su casa y a quienes el tiempo les ha impuesto usos de los cuales parecemos no comprender el sentido siquiera”.



Al entrar al interior, el viaje empieza a ponerse duro. En ruta a Orán: “El tren rueda, adelanta, desaparecen las llanuras cultivadas; el suelo aparece desnudo y rojizo; es el verdadero suelo de África”. Viaja sin comodidades “entre montes desolados, quemados, grises, sin un árbol, sin una hierba”. Sin embargo, la presencia humana se asienta allí, desde siglos: “En las incultas cimas se elevan de trecho en trecho unos puntos blancos, redondos, a guisa de huevos disformes puestos por gigantescas aves. Son templos elevados en honor de Alá”. No falta un toque más amable: “En las calles de Orán se ven lindas muchachas de ojos negros, color trigueño y blancos dientes”.

Enfila hacia Saida. Su misión es encontrar señales de Bu-Amema, el invisible rebelde, que ha hecho carnicerías entre colonos venidos de España. La noche se le revela aún más terrible, y no sólo por el calor. “Oigo ladrar a los perros... Desaparecidos o muertos sus dueños, quinientos, quizá mil, hambrientos, feroces. Son los perros que en las altas mesetas guardaban los campamentos de los españoles. Rondan por los contornos muriéndose de hambre, y al topar con la ciudad la rodean como un ejército... Ladrán ahora de un modo continuo, espantoso, capaz de volver loco a cualquiera. Luego se oyen otros gritos, aullidos débiles; son los chacales que llegan; y a veces sólo se oye una voz más fuerte y rara, la de la hiena, que imita al perro para atraerlo y devorarlo”. Maupassant redacta en auténtica vena de periodista truculento.

La religión es por cierto un dominio que llama su atención. Le toca estar durante el Ramadán, período de abstinencia diurna obligatoria para los musulmanes practicantes. Se teme una insurrección general tras la cuaresma. Maupassant observa: “No hay dispensas para tal cuaresma. No hay quien se atreva siquiera a pedir las; y hasta las mujeres públicas, las *uladnail*, que pululan en todos los centros árabes y en los grandes oasis, ayunan...”. El autor no condena tal libertinaje y no se muerde la lengua para opinar: “Hasta los árabes que se creían civilizados... desde que empieza el Ramadán se vuelven salvajemente fanáticos y estúpidamente fervorosos”.

No deja de divertirse en todo caso: “Durante el Ramadán funcionan los *aissauas*, comedores de escorpiones y de culebras, saltimbanquis religiosos, los únicos quizá que, con algunos descreídos y algunos nobles, no tienen una fe muy arraigada”. Tales nobles son llamados “hijos de *tienda grande*, descendientes de antiguas e ilustres familias del desierto”. Son ellos los principales aliados de los colonialistas franceses. No mezquina sus observaciones, la noche lo pone elocuente: “Los judíos dejan abiertos los cuchitriles que les sirven de tiendas, y las mancebías clandestinas llenas de rumores son tan numerosas que no se anda cinco minutos sin encontrar dos o tres”.

No faltan las visiones de las *Mil y una noches*, como él mismo las califica: “De pronto, de pie en el umbral de una puerta, aparece una mujer con un peinado y unos adornos que parecen de origen asirio, ceñida la cabeza por una enorme diadema de oro. Lleva largo vestido de un rojo vivísimo. Los brazos y las pantorrillas ostentan brazaletes de oro bruñido, y su rostro de rectas líneas está tatuado de estrellitas azules. Luego aparecen más, muchas más... Por la noche hay que verlas cuando bailan en el café moro”. Son prostitutas que ejercen sus funciones desde que cae la noche durante el Ramadán. Afirma: “No todas son lindas, pero todas son singularmente raras”. No escapa a Maupassant un

tema que describe así, ambiguo: “A cada paso topa uno aquí con esos amores antinaturales entre seres del mismo sexo, que recomendaba Sócrates...”.

Pero es sobre todo en los amplios espacios del país donde Maupassant vibra. Sufre los embates del viaje sin perder el entusiasmo, desde las tormentas de arena en el Sahara, a los engañosos lagos de sal; desde las dunas ondulantes y musicales, a los ataques de ranas y escorpiones; desde las astucias de los jefes locales, a la continua falta de agua; desde las comidas insulsas, a los camellos devorados por los buitres que marcan la ruta en el desierto; desde las visiones espantosas de la maldad humana, a los extraños amaneceres; desde los pueblos imposibles a los oasis acogedores... ¿Está pasado de moda Guy de Maupassant? Si así fuera, enhorabuena, dice el lector de libros, ese personaje anacrónico que es capaz de renunciar a las pantallas por escuchar las voces de los que, en otro tiempo, tuvieron el coraje de llevar una vida inquieta.

